



Arthur Koestler.

a islotes perdidos en el mapa e improbables tareas lentas de descubrimiento y clasificación, que requieren periodos generacionales de diez o más años para obtener resultados mínimos y sutiles. Los experimentos de Kammerer y su grotesco anfibio, en palabras de Goldschmidt, «conmovieron la biología europea» y dieron lugar a un clima de apasionada disputa.

La obra de Arthur Koestler, *El abrazo del sapo* (1), no solo es la primera biografía que se escribe de Kammerer, sino que reivindica la ética profesional del desdichado investigador y refleja en lenguaje divulgador bien documentado las profundas disidencias y matices de interpretación dentro del complejo entramado de la doctrina evolucionista, cuyas significaciones ya sabemos que se extienden presuntamente a otros órdenes políticos, religiosos y de cultura general.

El problema se polariza entre Lamarck y Darwin, originariamente-

te, y entre los neolamarckianos y neodarwinianos en la época que nos ocupa, aún vigente en cuanto a la irresolución de sus tesis. Para Lamarck los caracteres adquiridos, esto es, los progresos en la estructura corporal, las habilidades y hábitos que los padres adquieren en su esfuerzo por adaptarse al medio ambiente, son transmitidos a la descendencia por el canal de la herencia. La teoría neodarwiniana, la de mayor consenso actual, postula en cambio que los padres pueden transmitir sólo lo que ellos mismos heredaron y no cualquier nueva adquisición en habilidad o rasgos corporales que hubieran asimilado durante su vida. Según Lamarck, la herencia es acumulativa; según la escuela de Darwin, es únicamente repetitiva, mecanicista, y se produce por variaciones casuales y selección natural.

Sirva este grosero esquema para dar vaga idea del tema y de la trayectoria del libro de Koestler, el cual piensa que el neodarwinismo —evolución como progreso casual más selección natural— ha sido

ya desmentido. En la Rusia de Stalin —prueba de implicaciones políticas— se rodó la película *Salamandra*, de exaltación lamarckiana; la línea del partido se oponía al frío mecanicismo de Darwin. Kammerer pretendió con las «rugosidades nupciales» del sapo partero demostrar la autenticidad del lamarckismo. Esto hubiera supuesto introducir en el proceso evolucionista como un propósito benéfico, como un cierto poder de la voluntad humana, si bien los titulares de la prensa, en su simplificación sensacionalista, hablaron de la posible obtención de un método para «transmitir hereditariamente las buenas cualidades», los «secretos del genio» y de la «transformación del género humano», junto a otras fantasías que, de alguna manera, pese a su inocuidad vista, dan fe de la notoriedad equívoca en la que involuntariamente incurrió Kammerer.

Por razones largas de contar, pero que Koestler deja bien sentadas, las «rugosidades nupciales» del sapo fueron descubiertas o tratadas como fraude. Y se piensa en Kammerer como víctima de una campaña de descrédito y que alguna mano alevosa destruyó la prueba crucial inyectando tinta en el sapo para que las rugosidades, ciertas en su día, parecieran una falsificación. De todas maneras, Kammerer pagó con la vida su pasión científica, y Arthur Koestler ha compuesto un libro instructivo, sagaz, que representa una verdadera aportación divulgadora en el siempre complicado ámbito evolucionista. No obstante descubrimientos posteriores —el código genético, por ejemplo—, la peripecia de Kammerer sigue viva, abierta a otras posibilidades, y es la razón que invoca Koestler para convenir en la necesidad de proseguir estos experimentos. ■

EDUARDO TIJERAS.

Cernuda en Hölderlin

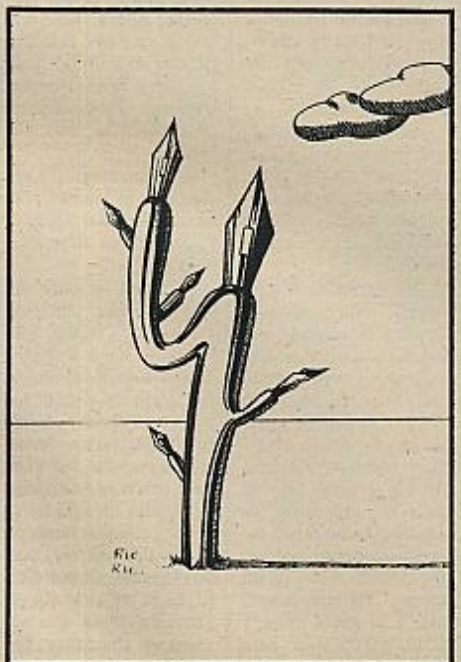
Hay una Grecia que existe solamente en la imaginación de los poetas, una Grecia de dioses muertos y de estatuas truncadas, de héroes adolescentes y destinos trágicos; mágico país que puede ser nostalgia o realidad, pero siempre, y ante todo, marco y paisaje para el pensamiento y la expresión poética.

A pesar del evidente parentesco que en talento y cultura tienen entre sí los países mediterráneos, ha sido poca la huella que esta mítica Grecia ha dejado en la poesía española. Las referencias mitopoeéticas que puedan encontrarse en Góngora, por ejemplo, proceden más bien de la Latinidad y, en cualquier caso, forman el decorado, nunca el espíritu de su obra. El paganismo alegre y trágico no se aviene con la mística, con el ascetismo hispánico, que prefirió el cultivo del alma al del cuerpo.

Sevillano, como Góngora, quizá sea Luis Cernuda (1902-1963) el poeta que en nuestro país sufriese más la influencia de ese lugar de ensueño y de infancia que

hemos dado en llamar Grecia. Y tuvo que recibirla por el intermedio de un poeta alemán, de Hölderlin. Su versión de algunos poemas de éste, publicada por primera vez en «Cruz y Raya» en 1936, ha sido reeditada hace poco, precedida por un lúcido prólogo de Jenaro Talens. (1). Se trata de un librito curioso y bello, más interesante quizá para aquellos que sigan la trayectoria poética de Cernuda que para los amantes de Hölderlin. En su introducción propone Talens que no se cotejen los versos de Cernuda con los originales en alemán que los acompañan, «porque —dice— no es tanto traducción como funcionan, sino en tanto parte integrante de *La Realidad y el Deseo*». Es sabido que cualquier poeta al traducir a otro se apropia en cierto modo de su escritura, de su palabra, y la vierte a su propio pensamiento: en el caso que aquí nos ocupa, esto es más que evidente. Cernuda utilizó a Hölderlin y lo convirtió en un elemento más, integrante de su

(1) Hölderlin, *Poemas*. Alberto Corazón, editor. Edición bilingüe. Madrid, año 1974.



propio mundo poético y aun vital.

Hasta 1931, Luis Cernuda, con ser ya uno de los mejores —si no el mejor— poetas de la generación del 27, se hallaba por completo bajo la influencia de la poesía francesa. Su primer libro, *Perfil del Aire* (1927), acusaba una «marcadísima influencia de Jorge Guillén y de la «poesía pura». Después, cayó bajo el mefítico rayo de acción del grupo surrealista francés, al que le llevaban su satanismo, su ansia de transgresión y la búsqueda de la metáfora extravagante y la imagen imposible, develadoras de una realidad no habitual. Pero, hacia el 31, hastiado por la estrecha interpretación del mundo y del espíritu y por el exclusivismo literario preconizados por los surrealistas (que se nutrían casi exclusivamente de novela gótica, poesía simbolista francesa y literatura psicoanalítica), buscó Cernuda un nuevo campo en la poesía inglesa y alemana, dedicándose al estudio de los idiomas originales, y descubrió a Hölderlin. El propio poeta narra su hallazgo: «Al ir descubriendo, palabra por palabra, el texto de Hölderlin, la hondura y hermosa poesía del mismo parecían levantarse hacia lo más alto que puede ofrecernos la poesía. Así aprendía, no sólo una visión nueva del mundo, sino, consonante con ella, una técnica nueva de expresión poética» (2).

De hecho, lo que Cernuda descubrió en Hölderlin fue a sí mismo. A partir de aquel momento abandonó el sectarismo literario surrealista, y su ya increíble sensibilidad poética fue mil veces potenciada. Un mundo de imágenes nuevas invadió su poesía, y estas imágenes

(2) Luis Cernuda, *Poesía y literatura*. Seix Barral, Barcelona, 1965.